

Bookzinga

El suicidio adolescente es una epidemia, y la única solución es.

# THE PROGRAM



SUZANNE YOUNG

## Índice de contenido

### El programa

#### Parte I: Incómodamente Adormecida

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

#### Parte II: El Programa

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Parte III: Desearía que no estuvieras aquí

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Próximo libro

Biografía del autor

Créditos

# El programa

En el mundo de Sloane, los verdaderos sentimientos están prohibidos, el suicidio adolescente es una epidemia, y la única solución es El Programa.

Sloane sabe que no debe llorar delante de nadie. Con el suicidio ahora una epidemia internacional, un arrebató podría hacer que aterrice en El Programa, el único camino probado de tratamiento. Los padres de Sloane ya han perdido un hijo; Sloane sabe que ellos harán lo que sea para mantenerla con vida. También sabe que todo aquel que ha pasado por El Programa regresa como una pizarra en blanco. Porque su depresión se ha ido, pero también sus recuerdos.

Bajo constante vigilancia en casa y en la escuela, Sloane pone cara valiente y mantiene sus sentimientos enterrados tan profundamente como puede. La única persona con la que Sloane puede ser ella misma es James. Él prometió mantenerlos a ambos a salvo y fuera del tratamiento, y Sloane sabe que su amor es lo bastante fuerte como para soportar cualquier cosa. Pero a pesar de las promesas que se hicieron el uno al otro, es cada vez más difícil ocultar la verdad. Ambos se están debilitando. La depresión se está estableciendo. Y El Programa está viniendo por ellos.

# Parte I

Incómodamente Adormecida

# Capítulo 1

*Traducido por Eni y Soñadora  
Corregido por Nony\_mo*

El ambiente en el salón se siente estéril. El persistente olor a blanqueador se mezcla con la fresca pintura blanca de las paredes, y me gustaría que mi profesora abriera la ventana para que entre la brisa. Pero estamos en el tercer piso, así que el cristal está sellado, por si alguien siente el impulso de saltar.

Sigo mirando fijamente el papel que está en mi escritorio cuando Kendra Phillips se da vuelta en su asiento, inspeccionándome con sus lentes de contacto color púrpura.

—¿Aún no has terminado?

Echo un vistazo por delante de ella para asegurarme de que la Sra. Portman esté distraída en la parte delantera del salón, y entonces sonrío.

—Es demasiado temprano para psicoanalizarme adecuadamente —susurro—. Casi preferiría aprender ciencias.

—Quizás un café adulterado con Muerte Rápida te ayudaría a enfocarte en el dolor.

Mi expresión flaquea; sólo la mención del veneno es suficiente para acelerar mi corazón. Sostengo la mirada vacía de Kendra, una total falta de vida detrás de ella que ni siquiera sus lentes de contacto púrpura pueden disimular. Sus ojos están rodeados por círculos intensos debido a la falta de sueño, y su rostro ha adelgazado considerablemente. Es exactamente la clase de persona que puede meterme en problemas y, sin embargo, no puedo apartar la mirada.

He conocido a Kendra por años, pero realmente no somos amigas, sobre todo ahora. No cuando ha estado deprimida por cerca de un mes. Trato de evitarla, pero hoy hay algo desesperado en ella que no puedo ignorar. Algo acer-

ca de la manera en que su cuerpo parece temblar a pesar de que está todavía sentada.

—Dios, no estés tan seria —dice ella, levantando un hombro huesudo—. Sólo estoy bromeando, Sloane. Oh, y oye —añade como si acabara de recordar la verdadera razón por la que se volteó hacia mí en primer lugar—. ¿Adivina a quién vi anoche en el Centro de Bienestar? A Lacey Klamath.

Se inclina hacia delante cuando me lo dice, pero estoy anonadada. No tenía idea de que Lacey estaba de regreso.

En ese momento, la puerta se abre con un fuerte chasquido. Miro hacia el frente del salón y me quedo paralizada, mi aliento está atrapado en mi garganta. El día acaba de empeorar significativamente.

Dos cuidadores con chaquetas blancas y peinados perfectamente están en la puerta, sus rostros inexpresivos nos atraviesan mientras tratan de buscar a alguien. Cuando comienzan a avanzar, empiezo a languidecer.

Kendra se da la vuelta en su asiento, su espalda está rígida y derecha.

—Yo no —murmura, sus manos se entrelazan con fuerza en frente de ella como si estuviera rezando—. Por favor, yo no.

Desde su podio, la Sra. Portman empieza su clase como si no hubiera ninguna interrupción. Como si las personas de chaquetas blancas *debieran* estar moviéndose tan campantemente durante su discurso sobre la teoría cinética de la materia. Es la segunda vez que los cuidadores han interrumpido la clase esta semana.

Los hombres se separan en lados opuestos del salón de clases, sus zapatos golpetean el piso de linóleo a medida que se acercan. Aparto la mirada, optando en su lugar por ver las hojas que caen de los árboles afuera. Es octubre, pero el verano se ha convertido en otoño, bañándonos con la inesperada luz del sol de Oregón. Me gustaría poder estar en cualquier otro lugar en este momento.

Los pasos se detienen, pero nos los reconozco. Puedo oler a los cuidadores cerca de mí, huelen a antiséptico, al-

cohol y curitas. No me atrevo a moverme.

—Kendra Phillips —dice una voz suavemente—. ¿Puede por favor venir con nosotros?

Contengo el sonido que está tratando de escaparse de mis labios, una combinación de alivio y simpatía. Me niego a mirar a Kendra, aterrorizada de que los cuidadores me noten. *Por favor que no me noten.*

—No —les dice Kendra, con voz ahogada—. No estoy enferma.

—Señorita Phillips —dice la voz de nuevo, y esta vez tengo que mirar. El cuidador de cabello oscuro se inclina para agarrar a Kendra por el codo, guiándola a través de la silla. Inmediatamente, Kendra intenta soltarse, tirando de su brazo para quitar su agarre mientras trata de clamar sobre su escritorio.

Ambos hombres se vuelcan sobre ella mientras Kendra se revuelca y grita. Ella apenas mide uno sesenta, pero está luchando duro, más duro que los otros. Siento la tensión rodeando al resto de la clase, todos nosotros esperanzados por una solución rápida. Esperanzados que lograremos permanecer otro día sin ser marcados.

—No estoy enferma —grita Kendra, desprendiéndose de sus agarres una vez más.

Finalmente, la Sra. Portman detiene su lección mientras mira con una expresión de dolor. La calma que intenta irradiar se está desgastando en los bordes. A mi lado, una chica empieza a llorar y quiero decirle que se calle, pero no quiero llamar la atención. Tendrá que arreglárselas por sí misma.

El cuidador de cabello oscuro envuelve sus brazos alrededor de la cintura de Kendra, levantándola del piso mientras ella patalea. Una serie de obscenidades salen de su boca mientras la saliva se filtra por las esquinas. Su rostro está rojo y salvaje, y de repente creo que está más enferma de lo que imaginamos. Que la verdadera Kendra ya no está allí, y tal vez no ha estado desde que su hermana murió.

Mis ojos se llenan de lágrimas ante ese pensamiento, pero lo alejo. En lo más profundo donde pueda guardar to-



dos mis sentimientos hasta más tarde cuando no haya nadie mirándome.

El cuidador pone su mano sobre la boca de Kendra, amortiguando sus sonidos a la vez que le susurra cosas reconfortantes en el oído, llevando su cuerpo luchador hacia la puerta. El otro cuidador se adelanta para mantener la puerta abierta.

Justo en ese momento, el hombre que sujeta a Kendra grita y la deja caer, sacudiendo su mano como si ella lo hubiera mordido. Kendra se levanta de un salto para correr y el cuidador arremete contra ella, su puño cerrado conecta con su cara. El impacto la envía hacia el podio de la Sra. Portman antes de golpear el suelo. La profesora jadea cuando Kendra se desploma en frente de ella, pero la Sra. Portman sólo retrocede.

El labio superior de Kendra está partido y la sangre se filtra por todo su suéter gris y el piso blanco. Apenas tiene tiempo de procesar lo que pasó cuando el cuidador la agarra por su tobillo y comienza a arrastrarla —al estilo cavernícola— hacia la salida. Kendra grita y suplica. Trata de aferrarse a cualquier cosa que este a su alcance, pero en su lugar está dejando un rastro de sangre por el piso.

Cuando por fin llegan a la puerta, levanta sus ojos color púrpura en mi dirección, extendiendo una mano enrojecida hacia mí.

—¡Sloane! —grita. Y dejo de respirar. El cuidador se detiene, mirándome por encima de su hombro. Antes de hoy, nunca lo había visto aquí, pero algo sobre su manera de mirarme ahora, hace que mi piel se erice, y bajo la mirada.

No levanto la cabeza otra vez hasta que oigo que la puerta se cierra. Los gritos de Kendra se desvanecen rápidamente en el pasillo, y me pregunto por un momento si le dieron una descarga eléctrica o le inyectaron un sedante. De cualquier manera, me alegro de que esto haya terminado.

Alrededor del salón, se escuchan varios lloriqueos, pero sobre todo hay silencio. La sangre todavía cubre el frente del salón con manchas de color carmesí.

—¿Sloane? —dice la profesora, sobresaltándome—. Aún no he recibido tu evaluación diaria. —La Sra. Portman camina hacia el armario donde guarda un balde y un trapeador, y aparte de la alta cadencia de su voz, no tiene una reacción notable por Kendra siendo arrastrada de nuestra clase.

Trago con fuerza y me disculpo, moviéndome para tomar mi lápiz del bolso. Cuando mi profesora derrama el blanqueador en el piso, nos sofoca con el olor de nuevo, empiezo a sombrear los óvalos correspondientes.

*¿En el día de ayer se ha sentido solo o abrumado?*

Me quedo mirando el papel blanco brillante, el mismo que nos espera en nuestros escritorios todas las mañanas. Quiero arrugarlo, convertirlo en una bola y arrojarlo a través del salón, gritándole a la gente que reconozca lo que acaba de pasarle a Kendra. En vez de eso, respiro profundo y respondo.

NO.

Eso no es cierto, todos nos sentimos solos y abrumados. A veces no estoy segura de que exista otra manera de sentirse. Pero conozco la rutina. Sé lo que una respuesta equivocada puede hacer. Siguiendo pregunta.

Lleno el resto de los óvalos, haciendo una pausa cuando llego al último, como siempre hago. *¿Alguien cercano a usted se ha suicidado?*

SÍ.

Marcar esa respuesta día tras día casi me destruye. Pero es la única pregunta donde tengo que decir la verdad. Porque ellos ya saben la respuesta.

Después de escribir mi nombre en la parte superior, agarro el papel con una mano temblorosa y camino hasta el escritorio de la Sra. Portman, de pie, en la zona húmeda donde la sangre de Kendra solía estar. Trato de no mirar hacia abajo mientras espero que mi profesora guarde en su sitio los productos de limpieza.

—Lo siento —digo de nuevo cuando viene a tomar la hoja. Noto una pequeña mancha de sangre en la manga de su blusa rosa pálida, pero no lo menciono.

Mira mis respuestas, y luego asiente, poniendo el papel en el folio de asistencia. Me apresuro de vuelta a mi asiento, escuchando el tenso silencio. Espero el sonido de la puerta, los pasos acercándose. Pero luego de un largo minuto, mi profesora aclara su garganta y vuelve a su lección sobre la fricción. Aliviada, cierro mis ojos.

El suicidio adolescente fue declarado una epidemia nacional —matando a uno de tres adolescentes— hace casi cuatro años. Siempre existió antes que eso, pero aparentemente de un día a otro, montones de mis pares estaban saltando de edificios, abriendo sus muñecas, la mayoría sin razón aparente. Aún más extraño, el número de incidentes en adultos se mantuvo casi igual, añadiéndose al misterio.

Cuando las muertes comenzaron a incrementarse, hubo toda clase de rumores. Desde vacunas infantiles defectuosas hasta pesticidas en nuestra comida, la gente tomaba cualquier excusa. La principal ahora dice que la sobre venta de antidepresivos cambió la composición química de nuestra generación, haciéndonos más susceptibles a la depresión.

Ya no sé en qué creo, y realmente, trato de no pensar en ello. Pero los psicólogos dicen que el suicidio es un *comportamiento contagioso*. Es como el viejo dicho: «Si todos tus amigos saltaran de un puente, ¿lo harías también?» Aparentemente la respuesta es sí.

Para luchar contra la epidemia, nuestro distrito escolar implementó el piloto de «El Programa», una nueva filosofía de la prevención. En las cinco escuelas, los estudiantes son vigilados por cambios de ánimo o comportamiento, llevados si una amenaza es determinada. Cualquiera exhibiendo tendencias suicidas ya no es referido a un psicólogo. En cambio, los Cuidadores son llamados.

Y entonces ellos vienen y te llevan.

Kendra Phillips estará fuera por al menos seis semanas, seis semanas pasadas en una facilidad donde El Programa se meterá con su mente, tomará sus memorias. Será forzada a tomar píldoras y terapia hasta que ya no sepa quién es ella misma. Luego la enviarán a una pequeña escuela priva-

da hasta la graduación. Una escuela diseñada para otros que han regresado, otras almas vacías.

Como Lacey.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo y dejo salir una respiración. No tengo que revisar para saber lo que significa, James quiere que nos veamos. Es el empujón que necesito para pasar el resto del período, el hecho de que él esté esperándome. El hecho de que *siempre* esté esperándome.



Mientras salimos del aula cuarenta minutos después, noto al Cuidador de cabello oscuro, mirándonos. Parece tomarse tiempo extra conmigo, pero trato duro de no notarlo. En cambio, bajo mi cabeza y camino rápido al gimnasio a encontrar a James.

Miro sobre mi hombro para asegurarme de que nadie me esté siguiendo antes de girar por el corredor blanco con puertas dobles metálicas. Es casi imposible confiar en que nadie te reportará por comportamiento extraño. Ni siquiera nuestros padres, especialmente no nuestros padres.

Fue el padre de Lacey quien llamó al Programa para decirles que ella estaba mal. Así que ahora James, Miller y yo hacemos todo lo que podemos para mantener la fachada en casa. Sonrisas y conversación cotidiana igualan a estabilidad mental y salud. No me atrevería a mostrarles cualquier otra cosa a mis padres. No ahora.

Pero una vez que cumpla dieciocho, El Programa pierde su poder en mí. No seré una menor, así que no pueden forzarme al tratamiento. Aunque mi riesgo técnicamente no baja, El Programa se ajusta a las leyes del país. Seré una adulta, y como un adulto, es mi santo derecho el negarme si quiero hacerlo.

A menos que la epidemia empeore. Quién sabe qué harían entonces.

Cuando llego a las puertas del gimnasio, empujo la fría barra metálica y me deslizo adentro. Han pasado años des-

de que esta parte del edificio fue usada. El Programa eliminó el atletismo inmediatamente después de alzarse, proclamando que imponía demasiado estrés competitivo a nuestra frágil población estudiantil. Ahora este espacio es usado de almacén, escritorios en desuso apilados en el costado, pilas de libros innecesarios.

—¿Te vio alguien?

Salto y miro a James, de pie en el espacio entre las butacas apilables. Nuestro espacio. La armadura anti-emociones que he estado usando comienza a debilitarse.

—No —susurro. James ofrece su mano y lo encuentro en las sombras, presionándome cerca de él—. No es un buen día —murmuro contra su boca.

—Raramente lo es.

James y yo hemos estado juntos por más de dos años, desde que yo tenía quince. Pero lo he conocido toda mi vida. Había sido mejor amigo de mi hermano, Brady, antes de que se suicidara.

Me ahogo con la memoria, como si estuviera sofocándose. Me alejo de James y golpeo mi nuca con la esquina del borde de madera sobre nosotros. Chillando, toco mi cráneo, pero no lloro. No me atrevería a llorar en la escuela.

—Déjame ver —dice James, acercándose para pasar sus dedos por el lugar herido—. Probablemente estabas protegida por todo este cabello. —Él sonríe y deja que su mano se deslice en mis rizos oscuros, descansando protectoramente detrás de mi cuello. Cuando no devuelvo su sonrisa, me atrae más cerca—. Ven aquí —susurra, sonando exhausto mientras me envuelve en sus brazos.

Lo abrazo, dejando que las imágenes de Brady se esfumen de mi cabeza, junto con la imagen de Lacey siendo arrastrada de su casa por Cuidadores. Deslizo mi mano bajo la manga de la camisa de James y por su bícep, donde están sus tatuajes.

El Programa nos hace anónimos, nos despoja de nuestro derecho a estar de luto, porque si lo hacemos, nos pueden entregar por parecer deprimidos. Así que James ha en-

contrado otro modo. En su brazo derecho lleva una lista permanente de aquellos que hemos perdido. Comenzando con Brady.

—Estoy teniendo malos pensamientos —digo.

—Entonces, deja de pensar —dice él simplemente.

—Se llevaron a Kendra en el último período. Fue horrible. Y Lacey...

—Deja de pensar —dice James de nuevo, con un poco más de fuerza.

Lo miro, la pesadez aún en mi pecho mientras encuentro sus ojos. Es difícil de ver en las sombras, pero los ojos de James son azul claro, la clase de azul cristalino que puede hacer a cualquiera detenerse con una mirada. Es impresionante de ese modo.

—En lugar de eso, bésame —murmura. Me inclino para presionar mis labios contra los suyos, dejando que me tome de un modo que solo él conoce. Un momento lleno de tristeza y esperanza. Un vínculo de secretos y promesas de para siempre.

Han pasado dos años desde que mi hermano murió. Prácticamente de la noche a la mañana, nuestras vidas cambiaron. No sabemos por qué Brady se suicidó, por qué nos abandonó. Pero de nuevo, nadie sabe qué está causando la epidemia, ni siquiera El Programa.

Sobre nosotros, la campana para clases suena, pero ni James ni yo reaccionamos. En cambio, la lengua de James toca la mía y me empuja más cerca, profundizando nuestro beso. Aunque las citas están permitidas, tratamos de mantener nuestra relación con un perfil bajo en la escuela, al menos cuando podemos. El Programa dictamina que formar vínculos saludables nos mantiene emocionalmente fuertes, pero de nuevo, si todo sale horriblemente mal, simplemente pueden hacernos olvidar. El Programa puede borrar cualquier cosa.

—Le robé las llaves del carro a mi papá —susurra James entre mis labios.

¿Qué opinas de ir a nadar desnudos al río después de la escuela?

—¿Qué tal si tú te desnudas y yo solo miro?

—Funciona para mí. —Río, y James me da un último apretón antes de quitar sus brazos de mi alrededor. Pretende arreglar mi cabello, pero en realidad solo lo desordena más—. Mejor vamos a clases —dice finalmente—. Y dile a Miller que está invitado a verme nadar desnudo también.

Me alejo antes, besando mis dedos y sosteniéndolos arriba para saludarlo.

James sonríe.

Siempre sabe qué decirme. Cómo hacerme sentir normal. Estoy segura que no hubiera sobrevivido a la muerte de Brady sin él. De hecho, sé que no lo hubiera conseguido.

Después de todo, el suicidio es contagioso.